



El nuevo  
fenómeno  
que arrasa en  
**wattpad**

MY

CRISTINA CHIPERI

# DILEMMA

IS YOU

Un nuevo amor.  
O dos...

SUMA

CRISTINA CHIPERI  
UN NUEVO AMOR O DOS  
My dilemma is you 01

# PRÓLOGO

Jamás he subido a un avión, así que reconozco que estoy un poco emocionada.

Me siento y me abrocho el cinturón de seguridad. Mi madre se acomoda a mi lado y me sonrío con aire compasivo:

—Tranquila, cariño. Llegaremos a Miami enseguida.

Cinco horas y veintitrés minutos para sobrevolar el país de un océano a otro. Tres mil setecientos cincuenta y siete kilómetros en total, para ser más exactos.

Cinco horas y veintitrés minutos para destrozar dieciséis años de vida. Y todo por un estúpido trabajo.

Hace solo quince días mi vida era perfecta: dos mejores amigos, un montón de conocidos, fiestas todos los sábados por la noche y una familia..., bueno, como cualquier otra. ¿Qué más se puede pedir?

Hasta que un viernes por la tarde, al volver a casa después de clase, enseguida me doy cuenta de que está a punto de ocurrir algo terrible. Cuando mis padres deben darme una mala noticia preparan siempre una tarta de chocolate para que luego pueda consolarme con ella, y ese es, precisamente, el aroma que me recibe: tarta de chocolate.

Dejo el bolso en el recibidor y voy directa a la cocina. Mi madre está delante de los fogones.

—Hola, mamá —digo.

—Hola, cariño, no te he oído entrar. —Por su mirada comprendo enseguida que algo va mal.

—¿Todo bien?

—Sí, ¿por qué?

—Pareces un poco..., no sé..., extraña.

—Todo va bien, cielo. Cenamos dentro de una hora.

—Ok, mientras tanto ordenaré mi cuarto —digo a la vez que salgo de la cocina y subo como un rayo la escalera en dirección a mi dormitorio.

Me acerco al ordenador y pongo un poco de música. *Misery Business*, de los Paramore, comienza a sonar a todo volumen y empiezo a ordenar mis trastos, entre otras cosas para quitarme de la cabeza al gilipollas de Set. Hemos estado juntos ocho meses... Es terrible descubrir que el chico que quieres te engaña. ¡Menudo idiota!

La voz de mi madre me distrae de mis pensamientos:

—¡A la mesa!

En la cocina mi madre, mi padre y Kate están ya sentados en su sitio habitual. Tomo asiento yo también. No veo la hora de llevarme algo a la boca, porque me estoy muriendo de hambre.

El silencio que reina en la cocina resulta embarazoso, además de raro, porque solemos hablar mucho.

—¿Sabéis? Me encanta el nuevo colegio —dice mi hermana rompiéndolo. Kate tiene catorce años y acaba de empezar su primer año en el instituto.

Observo las caras de mis padres. Se miran de forma extraña y parecen preocupados. Veo que mi padre asiente con la cabeza y que mi madre entiende a la perfección su gesto.

¿Qué está pasando?

—Chicas, papá y yo debemos deciros algo importante.

¡Oh, no! ¡Lo sabía!

—Nos tenemos que ir a vivir a Miami, porque a vuestro padre le han ofrecido un trabajo mejor allí. Nos marcharemos dentro de dos semanas —dice.

¡No me lo puedo creer! ¡No puede ser verdad! No tiene sentido... ¡Estamos genial en Los Ángeles! Tenemos una casa bonita, muchos amigos, puede que el instituto sea un asco, pero los compañeros son fantásticos y, además, mis padres ganan bastante dinero.

—Pero ¡si estamos bien aquí! —digo.

Mi padre me mira haciendo un esfuerzo para mantener la sonrisa.

—Lo sé, Cris, pero no puedo rechazar el puesto. John Dallas se fía de mí y quiere que esté a su lado para gestionar unos negocios importantes. Piensa en lo que ganaréis Kate y tú con el cambio: ¡una casa dos veces más grande que esta, un instituto magnífico que os proporcionará una formación adecuada, amigos nuevos y muchas

otras cosas! Además, Miami es una ciudad preciosa, ya lo veréis.

—¿Quién es John Dallas? —pregunta Kate.

—Un viejo y querido amigo nuestro de la época de la universidad, además del jefe de vuestro padre —responde mi madre—. Estoy segura de que Miami os gustará, chicas.

—¡Esa no es la cuestión, mamá! —replico—. Da igual si es la ciudad más bonita del mundo, ¡todos mis amigos están aquí!

—¡Sí, todos nuestros amigos están aquí! —corroborra Kate.

—Es cierto, pero los amigos van y vienen, estoy segura de que haréis otros nuevos.

No doy crédito a lo que oigo. No puedo contener la rabia. ¿Cómo pueden ser tan insensibles?

—¡No quiero hacer nuevos amigos! —suelto al final con los ojos anegados en lágrimas—. ¡Y no quiero dejar a Cass y a Trevor! Sabes de sobra que estamos muy unidos. ¡No puedo vivir sin ellos!

—Basta, Cris, estás exagerando. Existe internet. De una forma u otra seguiréis en contacto.

Mi madre siempre da por zanjadas las discusiones de esa forma: encontrando la solución más sencilla a cualquier problema, pero sé de sobra que es difícil conservar una relación en la distancia. ¿Cómo será la vida sin Cass y Trevor? ¿Cómo será dejar de verlos a diario, no compartir con ellos todo lo que me sucede?

Por no hablar de Set... Esperaba tener tiempo para resolver nuestros problemas, para conseguir que volviera conmigo.

En cambio, todo se ha acabado.

Y ahora estoy aquí, a bordo de este maldito avión, que no tardará en arrebatarme todas las cosas que dan sentido a mi vida. ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

Estoy sentada en el lado de la ventanilla y oigo que el avión avanza por la pista acelerando. Cada vez nos movemos más deprisa, lanzados hacia delante como un proyectil. Contengo el aliento mientras nos elevamos del suelo. No me lo puedo creer, está sucediendo de verdad. Una fuerza me mantiene pegada al asiento y noto una sensación de vacío en el estómago. Tengo miedo y, al mismo tiempo, lo reconozco, siento un extraño estremecimiento de placer.

Sin saber cómo, encuentro el valor suficiente para mirar por la ventanilla. A nuestros pies se encuentra la ciudad de Los Ángeles, como nunca la había visto hasta ahora: una red de líneas y formas geométricas que se van alejando. No la reconozco.

Algo me dice que van a ser las cinco horas más largas de mi vida. Miro alrededor y me concentro en dos niños que viajan con sus padres: tendrán unos cuatro y cinco años, y parecen alegres y tranquilos, como si volar fuera para ellos la cosa más natural del mundo.

En cierta medida los envidio. Esbozo una sonrisa y cierro los ojos con la esperanza de poder relajarme y conci-

liar el sueño, a pesar del jaleo que están montando.

Al final me duermo y empiezo a soñar. Y el sueño es uno de los más raros que he tenido en mi vida: estoy llorando y abrazando a un chico. Pese a que no puedo ver sus facciones, noto un detalle: lleva un pendiente en el lóbulo derecho, una especie de media luna.

No sé quién es y, sin embargo, tengo la extraña sensación, mejor dicho, la certeza, de que lo conozco desde siempre. Da la impresión de que sufre mucho, pero ¿por qué?

Mueve los labios para hablar, y es realmente insólito porque solo dice: «¡Despiértate, cariño!».

Lo miro perpleja y acto seguido abro los ojos.

Es mi madre.

—Estamos en Miami —me dice.



# 1

Me enderezo en el asiento, desentumezco las piernas y los brazos, y me desabrocho el cinturón de seguridad para poder levantarme. Estoy deseando pisar tierra firme.

Por lo visto todos los pasajeros comparten mi deseo, porque se apiñan a la salida. A saber si también a ellos les falta el aire... Kate no parece tener el menor problema: pasa por mi lado a toda prisa, se abre paso entre la multitud para bajar y cuando la pierdo de vista comprendo que lo ha conseguido. Daría lo que fuera por tener una pizca de su descaro y de su capacidad para adaptarse a las novedades. Aceptó mucho mejor que yo la noticia del traslado y ahora diría que parece incluso feliz.

Al cabo de más o menos una hora, después de haber recuperado las maletas, salimos del aeropuerto y subimos a un taxi. Mi madre, Kate y yo nos apretamos en el asiento posterior, y papá se sienta delante.

A través de la ventanilla observo la ciudad que fluye ante mis ojos y que no tardará en convertirse en mi hogar: rascacielos, mar, palmeras, playas, casas y, de nuevo, el mar.

Vamos a vivir en Miami Beach, es lo único que no me desagrada, al contrario. Me encanta el mar y espero poder pasar todas las tardes en la playa.

Las calles que atravesamos están llenas de chicos de mi edad que circulan a toda velocidad con sus *skates*, que patinan o que van a la playa en bermudas y con la tabla de surf bajo el brazo. Tengo que reconocer que el sitio no está nada mal, sobre todo en esta época del año.

Espero poder hacer nuevos amigos desde el primer día de clase. Cuando era pequeña sufrí mucho a causa de la timidez. Tenía la sensación de ser invisible a ojos de los demás y no comprendía que, en realidad, era yo la que me aislaba. No obstante, por suerte pude contar con Cass y con Trevor. Luego, en el primer año de instituto, decidí que debía cambiar de actitud: me envalentoné y aprendí a relacionarme con las personas. De hecho, ahora tengo un montón de amigos. Mejor dicho, *tenía* un montón de amigos.

El taxista frena bruscamente y me doy de bruces con el asiento delantero.

—Pero ¿qué le pasa? —estallo.

El tipo saca la cabeza por la ventanilla.

—¡La próxima vez mirad antes de cruzar con el semáforo en rojo, chicos! ¡No os he atropellado de milagro! —grita.

Me asomo también para ver con quién está hablando y diviso un grupo de chicos; uno se está riendo como un idiota en las mismas narices del taxista.

Creo que tienen mi edad. Tres chicos y una chica, vestidos a la moda y muy guapos. A saber si van también a mi futuro instituto. Espero que no. No me gustaría toparme en clase con cierto tipo de gente.

El taxista se disculpa por el frenazo y arranca de nuevo. Rodeamos un parque y nos adentramos en un barrio lleno de casas gigantescas. El taxi se detiene por fin. Mi padre empieza a descargar las maletas.

Miro alrededor. Veo unas casas enormes con unas piscinas y unos jardines impresionantes. Además, todas tie-

nen, al menos, dos plantas. Huele a mar, así que la playa no puede quedar muy lejos.

—¿Es la nuestra?! —digo señalando la mansión que hay justo enfrente de nosotros.

Mi padre asiente con la cabeza, y me quedo boquiabierta. Cuando le eché un vistazo en *Street View* no me pareció tan grande, al contrario. Tiene dos pisos y desde aquí puedo ver ya la piscina... ¡que no veo la hora de usar!

—¡Guau! —exclamo.

Kate coge al vuelo sus bolsas y corre entusiasmada hacia la entrada.

—¡Muévete, papá!

Yo también voy para allá en compañía de mi madre. Cuando abrimos la puerta me quedo literalmente sin palabras. Ante nosotros se abre un recibidor muy luminoso, con una puerta acristalada que da al jardín con vistas al mar. A nuestra derecha una escalera lleva al piso de arriba. A la izquierda, en cambio, un arco da acceso a un salón con otras dos grandes puertas acristaladas por las que también se sale al jardín.

Todo está decorado con mucho gusto, con un estilo supermoderno y cuidado hasta en los más mínimos detalles. En un rincón de la sala entreveo los paquetes procedentes de Los Ángeles que contienen lo poco que ha quedado de nuestra antigua casa.

Dejo las maletas en el recibidor y subo la escalera para ver el piso de arriba. ¡Vaya, hay muchísimas habitaciones! Entro en todas: una sala con una pared de cristal desde la que se ve el océano, un cuarto de baño enorme y

cuatro dormitorios. Cada habitación tiene un baño privado, pero ninguna me gusta. O son demasiado grandes o demasiado pequeñas, además, odio tener que usar las escaleras de buena mañana, así que bajo otra vez para comprobar si hay un dormitorio en la planta baja.

Lo encuentro y, por suerte, me parece perfecto. Tiene el tamaño justo y desde la ventana se ve la piscina, *nuestra* piscina.

—¿Cómo te sientes, cariño? —pregunta mi madre entrando en la habitación.

—Bien..., creo —respondo.

—¿Quieres dormir aquí? —dice mirando alrededor.

—Sí, ¿puedo?

—Por supuesto. —Sonríe.

Asiento con la cabeza y echo un nuevo vistazo alrededor para ver cómo puedo colocar mis cosas.

—Recuerda que el lunes empiezas las clases. Aprovecha esta tarde y mañana para ordenar todo, cariño —dice, arruinándome un día que ya estaba de por sí arruinado.

—Ah, sí... Las clases...

Acto seguido voy a coger las maletas y las arrastro hasta mi nuevo cuarto.

No tengo los libros de texto, no sé cómo van con el programa, no sé nada. No será fácil integrarse en octubre, con las clases ya empezadas y, sobre todo, formadas.

A última hora de la tarde acabo de ordenar mi dormitorio, que ahora siento más mío que hace unas horas. No está mal, pese a que mi vieja habitación de Los Ángeles era otra cosa.

De una carpeta saco unas cuantas fotos que imprimí antes del viaje. Cojo el celo y empiezo a pegarlas en las puertas del armario.

Esta la sacamos el día del cumpleaños de la arrogante de Giuly: Cass y yo aparecemos sonrientes y manchadas de nata. Esa noche organizamos un lío de miedo, pero nos divertimos como enanas. Cuando la madre de la festejada pasaba por nuestro lado con la tarta Cass me empujó y caí sobre la señora. La tarta salió volando por los aires y aterrizó en la cabeza de los invitados. En ese momento estalló una guerra en que la nata y el bizcocho volaron por los aires. Cass y yo nos hicimos una foto de recuerdo.

En esta otra aparecemos Trevor y yo abrazados. Sonrío. No sé lo que daría en este momento por recibir un abrazo de mi amigo.

Esta, en cambio, la sacamos ayer por la tarde al salir de clase. Es un *selfie* de los tres en nuestro banco de siempre. Tengo la impresión de que ha pasado ya una vida y, sin embargo, hace solo veinticuatro horas. Los ojos se me llenan de lágrimas.

Cass no podía estar más triste, de los tres fue la que peor encajó la noticia de mi partida. Jamás habría imaginado que iba a reaccionar tan mal. A todos nos resulta difícil, pero puede que para ella sea aún peor. Me regaló el colgante que llevo puesto ahora, la mitad de un corazón, la otra mitad se la quedó ella, así no olvidaremos que siempre estaremos unidas.

Trevor puso una expresión muy cómica cuando comprendió que estaba excluido del regalo. Pero luego Cass nos sorprendió con otro: tres pulseras con nuestras iniciales: CCT.

—Para recordar que somos y seremos siempre los tres mosqueteros —dijo riéndose.

Luego, en el momento de la despedida, mi amiga me dio un abrazo fortísimo, como si no quisiera dejarme ir, y me imploró entre lágrimas:

—No me dejes, Cris, por favor.

Fue el momento más triste de mi vida.

Trevor, en cambio, no lloró, pero tenía los ojos brillantes y sé que sufría.

Me siento en la cama, cojo el móvil y miro más fotografías. Luego envió un mensaje a los dos: «Os echo de menos».

## 2

El intenso aroma de las tortitas recién hechas me arranca con dulzura del sueño. Trato de retrasar lo más posible el despertar apretando los párpados y respirando a pleno pulmón este olor, tan delicioso y familiar.

Cuando, por fin, me decido a abrir los ojos, tardo unos segundos en comprender dónde estoy.

Atraída por el aroma de las tortitas, tengo un único objetivo: llegar hasta la cocina.

Una vez en la puerta veo que mis padres y Kate ya están sentados a la mesa, en el mismo sitio que ocupaban en la cocina de Los Ángeles. Casi no parece que estemos a miles de kilómetros de allí. Me siento también a la espera de recibir mi porción de felicidad.

—Buenos días, cariño, ¿has dormido bien? ¿Qué quieres con las tortitas? —pregunta mi madre.

—Buenos días, mamá, sí, gracias. Tomaré té —contesto sonriendo.

Me lo sirve, y yo soplo para que se enfríe.

—Prueba un poco —dice mi padre pasándome un plato con sus fabulosas tortitas de jarabe de arce. Solo él sabe hacerlas tan buenas, no me cabe la menor duda.

Después del desayuno me preparo para ir a la playa. Deambulo un poco por el barrio buscando un cartel que me indique la dirección que debo seguir, pero no lo en-